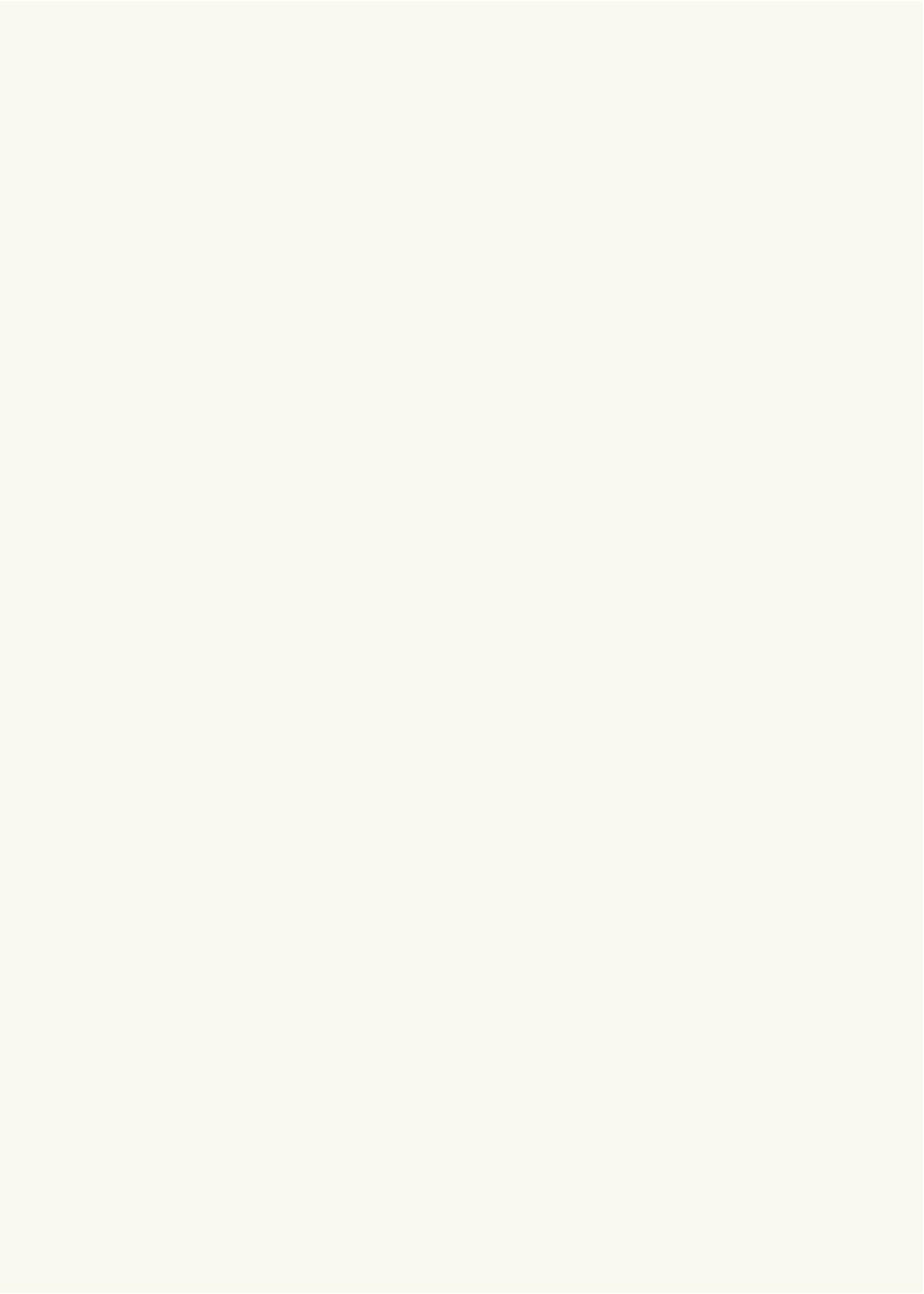


**DEJAME QUE TE CUENTE**



# DEJAME QUE TE CUENTE

José Luis Acosta



*En el cuadro de honor del colegio  
y de la vida.*

Siete años de gobiernos justicialistas, los planes quinquenales, las exportaciones por el puerto, las migraciones internas que desembocaban en la ciudad atraídas por las plumas flamígeras de las nacientes industrias, le habían dado a Rosario una identidad, no solamente productiva, sino también política: Rosario se había vuelto peronista. Hacia 1953, en aquella Argentina de mediados del siglo veinte, el reparto de la riqueza que se hacía a través del salario representaba un alto porcentaje. Nunca se había llegado a tanto.

En ese mismo año, el 26 de septiembre nació José Luis Acosta, en el seno de una familia en donde la actividad sindical se respiraba en el andar cotidiano. Hijo de Francisca Ángela Casale y Luis Salvador Acosta, tenía una hermana mayor, Adriana, que le llevaba seis años y dos años después vendría Eduardo. Una vida familiar que se desplegó en el corazón del barrio Echesortu. La infancia fue un territorio de plena felicidad. Pletórica de juegos y aventuras en la geografía

siempre misteriosa del patio. Adriana cuenta, y mientras cuenta aparece en su mirada el destello de aquella niñez ya lejana, pero tan intensa como el recuerdo de su hermano, tan apegado, obediente y cariñoso con su mamá y la relación tan estrecha con su papá, con el que andaba en bicicleta para todos lados.

«Nuestros juegos eran verdaderas aventuras», recuerda Adriana ahora con los ojos fijos en algún punto del infinito. «Es que teníamos un patio enorme, con las dimensiones del universo, en el que había que cruzar ríos peligrosos o trepar la higuera convertida en montaña... A pesar de la diferencia de edad, jugábamos mucho...»

\*\*\*

Luis Acosta, su papá, era nada menos que el secretario general del Sindicato de Trabajadores Municipales de Rosario y llevaba los conflictos gremiales a su casa. Le transmitió a José Luis su convicción de jugarse por ideales, especialmente por aquellos principios sociales de los que hablaba la Marchita Peronista y la Constitución de 1949.

La primaria la hizo en la escuela número 90 *Franklin D. Roosevelt*, de calle Córdoba entre Alsina y Castellanos. Una verdadera institución pública de su barrio. El secundario en *San Francisco Solano*, en la tradicional esquina de Mendoza y Avellaneda, donde se erige, monumental, la parroquia que aglutina una gran cantidad de organizaciones que se brindan al barrio. José Luis era un buen hijo, de esos que las madres dicen que «no dan ningún problema»; y decir además que era buen alumno es quedarse «corto». Tuvo los mejores promedios y siempre llevó la bandera. Fue un orgullo para su familia



acompañarlo a Santa Fe a recibir el diploma que lo inscribía en la historia del colegio en el selecto Cuadro de Honor. Le gustaba estudiar, era muy inteligente y sensible, sobre todo en las relaciones con su familia y amigos, y si algún rasgo lo definía era la timidez. Ese carácter introvertido lo llevó a desarrollar otros talentos como el de la música. Escuchaba música y, aunque escuchaba de todo, era fanático de Falú y rasgaba sus canciones con la guitarra.

«Comprensivo, compañero, de hablar pausado, y siempre te escuchaba y vos podías preguntarle lo que se te ocurriera que él te iba a contestar siempre con suavidad. Nunca lo vi realmente enojado o de mal humor» agrega Adriana.

\*\*\*

Su papá piantó para la pampa de arriba cuando él solamente tenía catorce años. Fue un golpe muy fuerte. Lo extrañó mucho. El «viejo» era una apasionado del fútbol y le enseñaba a los chicos del barrio en el «potrero», y ahí José Luis aprendió a ser un arquero de esos que quieren el puesto, fue ahí también donde estrenó el apodo de Gato por sus ágiles revolcadas. Adriana siempre recuerda cuando su papá salía a trabajar y él lo corría pidiéndole que lo llevara. «Que no se fuera solo a trabajar», le decía mientras lo seguía en la bicicleta con esos ojos grandísimos que tenía.

José Luis iba de mañana al colegio, no llegaba tarde nunca. Cuando regresaba al mediodía jamás le preguntaba a mamá ¿qué hiciste de almuerzo? Lo que hacía, estaba bien. Jamás iba a decirle que algo no le gustaba. A la tarde generalmente iban chicos vecinos a jugar y a tomar la leche, un ritual que fundaba una infancia compartida. Con Daniel, un compañero

de la secundaria eran «carne y uña». Los dos eran muy tímidos y buenos alumnos, aunque reconoce que José Luis era inalcanzable en las notas que sacaba. En la escuela, además, nunca tuvieron problemas de integración a pesar de la timidez y el carácter introvertido de ambos. Para el viaje de estudios organizaron junto a otros compañeros unas vacaciones en la casita que tenía el padre de uno de ellos en Córdoba. Estuvieron diez días y pasaron unas vacaciones bárbaras.

\*\*\*



Intendencia Municipal  
Rosario

ENSEÑANZA CURSADA

Lee y escribe *16* Práctico Grados *6<sup>o</sup>* Secundaria años *5<sup>o</sup> Avulsos 1906*  
 Universitarias *1<sup>o</sup> Psicología* Profesional  
 Títulos que posee *Bachiller Nacional*  
 Idiomas que domina

A la hora de decidir qué carrera seguir en la universidad, la duda de José Luis era si seguir bioquímica o psicología. La definición vino del lado de «adentro», pero hubo otros estímulos que deben haber influido: se enamoró de la profesora reemplazante de psicología. Fue en 1973 que empezó a estudiar psicología. Soñaba con terminar la carrera y dedicarse, fundamentalmente, a los niños. Tal vez esa vocación de trabajar para los pibes lo llevó a tener su primer empleo, justamente en el Hospital de Niños *Víctor J. Vilela*, en la sección mantenimiento. Allí se hizo amigo de Mercedes Sanfilipo, Jorge Francesio y Graciela Borda. Los dos primeros eran militantes montoneros. En ese momento vivía con su familia que se había mudado al centro, en 1º de Mayo 1490.

Graciela Borda tenía un pariente pesado, su padre era primo hermano nada menos que de Agustín Feced, el temible jefe de la policía rosarina entre 1976 y 1978. El jefe de la tortura en el Servicio de Informaciones rosarino.

«Me echaron de la Municipalidad acusándome de subversiva en 1977. Yo trabajaba en el Hospital de Niños, en Bacteriología, y José Luis, en la cocina. Coincidíamos en muchas cosas. En aquellos tiempos José Luis tenía diecinueve años o algo así. Lo recuerdo como un chico muy tímido, muy serio. Varias veces les dije a él y a Mercedes que no estaba de acuerdo con la lucha armada», recuerda Graciela.

Los cuatro, Mercedes, Graciela, Jorge y José Luis compartían reuniones y a veces organizaban juntos algunas especiales, como una que se realizó hacia 1973, en el llamado Rancho de Ramón Merlo, cuando Héctor Cámpora ganó las elecciones del 11 de marzo.

«Aunque muchas veces se enojaban conmigo porque no me comprometía con ellos, eran compañeros de mucha confianza», dice Graciela.

\*\*\*



DE LA FAMILIA

NOMBRE Y APELLIDO	SEXO	FAMILIAR	FECHA INGRESO			NACIONALIDAD	ESTADO CIVIL	Abando de la familia	Vive en Comda	FECHA MATERNIDAD		
			DIA	MES	AÑO					DIA	MES	AÑO
Juan Salvador	M	Padre	-	-	-	Chiloteño	Casado	no	si	14	2	1968
Francisca Dupela	F	Madre	22	9	1911	"	"	"	"	"	"	"
Roberto Dupela	M	Hermano	10	10	1944	"	soltero	"	"	"	"	"
Roberto Dupela	M	Hermano	13	9	1955	"	"	"	"	"	"	"

En 1976 fue trasladado a la sección Alimentación y Dietaterapia en el mismo Hospital de Niños. El 23 de abril pidió licencia porque le tocó la «colimba», palabra de tres verbos: «Corre, Limpia, Barre», síntesis del servicio militar hasta ese entonces obligatorio. Le dieron de baja el 20 de mayo de 1977. Fueron días de mucha tristeza y silencio. Esa temporada del servicio militar fue muy pesada para él, recuerdan sus seres queridos.

En el Hospital de Niños, trabajaba con Mercedes, ellos preparaban la comida de los chicos y a José Luis le tocaba repartir las raciones. Generalmente, se les daba dulce de membrillo como postre. Tenían las alacenas llenas de queso y de dulces donados por las sociedades benefactoras que colaboraban permanentemente. En una oportunidad cuando estaba repartiendo las raciones a los internados, no tuvo mejor idea que darle también una porción de membrillo a unas cuantas madres que cuidaban a sus hijos y que, por supuesto, estaban sin comer. Esta acción le valió una sanción.

Otro día, cerca de la Navidad, le encargaron repartir las donaciones que recibían a quienes estaban internados. Lo tomó al pie de la letra. Todo para los chicos. El castigo fue más bravo.

—¿Cómo se atrevió a hacer semejante cosa? – le dijeron.

—Pero si la Nochebuena es esta noche, ¿cuándo van a dar los pan dulces?– respondió José Luis.

La sanción figura en el legajo y dice: Por repartir sin orden.

A partir de ese momento, José Luis fue enviado a la cocina sin volver a estar involucrado en las tarea de distribución de raciones.

\*\*\*

Con su hermano Eduardo no hablaban de política. Era muy reservado. Aun así, quería demostrar todo el tiempo que lo quería, a pesar de haberse peleado infinidad de veces durante la infancia, como ocurre habitualmente entre hermanos.

Eduardo se acuerda de un regalo, que visto desde ahora fue un regalo de despedida: «Yo fui al centro, ya trabajaba, y le compré un pantalón, un vaquero y se lo regalé, se lo regalé unos días antes de su cumpleaños que era el 26 de septiembre, porque en agosto se iba de viaje. Creo que fue uno de los pocos regalos que le hice, porque no acostumbrábamos a hacernos regalos. Pero no sé por qué, yo me acuerdo que fui y le quise comprar un vaquero y él se fue de viaje con ese vaquero. Dijo acá que se iba de viaje y se fue con ese vaquero, con el vaquero que le había regalado yo... capaz que fue una especie de despedida o de saludo» dice su hermano. En el mes de agosto José Luis le cuenta a su madre

que se va a pasar unos días a Armstrong con unos amigos. Tres días después allanan su casa y luego lo buscan en su trabajo sin éxito. Nunca más volvieron a verlo. Tenía 23 años.

«A los tres días de haberse ido mi hermano, una mañana a las seis, sale mi esposo de casa para ir a su trabajo, ve un operativo a dos cuadras de allí, lo toman confundándolo con mi hermano, cuando se dan cuenta del error van al Hospital de Niños, lo encapuchan, queda en el auto y bajan con armas a detener a mi hermano, que no estaba ya en el Hospital. Llegan a casa, todavía estábamos durmiendo, entran a mi habitación me apuntan y me dicen que no salga y que no abra la puerta. Me dijeron: señora, trate de no salir porque pueden dispararle, quédese adentro hasta que nos vayamos» cuenta Adriana. Fueron momentos en los que la confusión era tan grande que nadie sabía que hacer, que no se sabía a quién recurrir y generalmente gana la inmovilidad.

«Mientras subían por la escalera hasta la terraza, mamá creyó que venían a arreglar el teléfono porque hablaban con *handy*. Le preguntan dónde estaba José Luis, dónde se escondía, mamá le contestó que su hijo no tenía por qué esconderse de nadie. En ese momento comprende lo que estaba pasando y, según relata mi otro hermano que estaba con ella, mamá comienza a llorar, con un llanto tan desgarrador que mi hermano no lo puede olvidar. Estaban con uniformes verdes, y algunos todos de negro con capuchas. Al tiempo, mamá recibió un llamado de mi hermano diciendo que iba al Carrasco y cortó. Mamá lo buscó como tantas madres, hubo otro llamado diciendo que José Luis estaba herido, entonces fue a la Federal y se encontró con otras madres que iban a preguntar por sus hijos y tuvieron siempre la misma respuesta: ¡Váyanse de acá o ustedes quedan adentro también!», recuerda Adriana.

En realidad, no hay datos precisos sobre su desaparición, ni la fecha ni el lugar exactos en que lo tuvieron cautivo. Se supone que habría sido secuestrado a fines de agosto de 1977 en el Hospital Carrasco, ya que esto es lo que le dicen a Mercedes Sanfilippo los represores mientras está detenida, coincidente con el llamado de José Luis que recibe Francisca, su mamá, donde le dice que estaba o iba al Carrasco. Esto lleva a su familia a iniciar su búsqueda por el Hospital Carrasco, donde nadie acepta ver la foto de José Luis, pero les cuentan que en esa época hubo dos o tres operativos dentro de la institución: las Fuerzas de Seguridad pedían los delantales blancos haciéndose pasar por médicos o enfermeros y en el hall de entrada secuestraban a algunos jóvenes que llegaban al Hospital.

\*\*\*



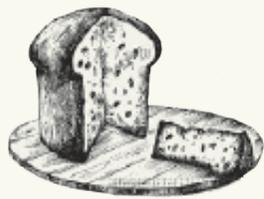
«Nos quedamos con pocas cosas de mi hermano. Sólo unas pocas ropas. Los recuerdos en fotografías con papá, cumpleaños, escritos hermosos de papá que estaban en la habitación que allanaron, los perdimos, no nos dejaron nada, todo se lo llevaron», dice Adriana.

Quizás no todo se lo llevaron.

Las palabras se las ingenian para viajar en el tiempo.

Son portadoras de recuerdos pletóricos de vitalidad.

Por eso la memoria suele juntarse con la esperanza para construir esquinas luminosas en la geografía del presente.



## Colección *Dejame que te cuente*

Qué es un recuerdo sin un relato que lo ubique en la constelación de nuestra propia vida. Aquellos documentos guardados en el fondo de un cajón, esas fotografías que se erigen como monumentos sobre la cómoda, el universo que arrastramos en cajas viejas mezclando postales estampilladas con cartas amarillentas plegadas con prolijidad. Fragmentos que piden ser contados.

Cada historia de vida posee un registro urbano, institucional, familiar; fotos en los cumpleaños, en los casamientos, en el carnet del club o de la biblioteca, en la libreta de la Universidad. Cada biografía sostiene una dimensión común que nos involucra en la historia.

*Dejame que te cuente* es una colección de relatos contruidos a partir de material gráfico y testimonios brindados por familiares, amigos y compañeros de quienes fueron desaparecidos y asesinados por el terrorismo de Estado en Rosario y que integran el acervo del Centro Documental del Museo de la Memoria.

Queremos contar el paso de esas vidas por nuestra ciudad, recuperando tanto la singularidad de su historia como los nexos comunes con la actividad social de nuestro pasado reciente. Voces que emergen y reconstruyen discursos marcados por una voluntad de transformar el mundo y de lograr una sociedad más justa.

Narrar esas vidas es la dolorosa experiencia que los familiares han tenido que realizar en su entorno íntimo y en medio de una ausencia irreversible. *Dejame que te cuente*, este relato biográfico que toma la forma de un libro para cada historia, abre a la sociedad en su conjunto la posibilidad de incorporarse a su narración.

**Dirección del proyecto**

Lucas Almada

**Diseño gráfico**

Valentina Militello

**Redacción**

Carlos del Frade

**Edición y corrección de textos**

Daniel Fernández Lamothe

**Coordinación general**

Viviana Nardoni



museo de la  
memoria



